

Un soplo •

Jean-Luc Nancy

Shoah. Para mí no es un nombre, aunque se me lo traduzca. No es una palabra, incluso aunque venga de otra lengua. La oigo como un soplo, diría que es un soplo.

Shoah no tiene el mismo sentido que las palabras que la precedieron, como “Holocausto”, cuyo sentido, para designar la *Shoah*, no sólo era falso sino más que dudoso, y es precisamente este extravío de sentido lo que ha puesto de manifiesto *Shoah* en primer término. Tampoco es el “genocidio judío”, pues *Shoah* dice más y otra cosa que “genocidio” (que acepta la intención nazi, la designación del *genos*, de la familia, tribu o raza) y que “judío”: *Shoah* -yo la entiendo así, pero ¿cómo entenderla de otra manera?- habla de todos, de todos los que estuvieron en los campos, es un soplo para todos. Un soplo judío, pero donde el judío también es soplado: el judío es un Gitano, un pederasta, un preso común, un Eslovaco, un comunista, el judío es un gusano, un musulmán, un Mensch, cualquier cosa.

Esta es la razón por la que no quiero hablar de eso. Lo cual no quiere decir que no quiera saber. En cuanto al saber, yo sé -sé lo que es posible hacer entrar en la pobre rúbrica de un saber. Pero no quiero oír hablar de eso, ni como de un acontecimiento excepcional, terrible, del que sería necesario a cualquier precio conservar la memoria y prevenir su repetición, ni como del rostro más monstruoso del monstruo nazi, con toda su historia, toda su fractura de la historia -el capital, la técnica, la identidad, la democracia, el heroísmo, el mito, juntos fundidos, calcinados, retorcidos. Conozco todo eso, pero *Shoah* está incluso más allá de ese saber.

* Texto escrito para la publicación alemana del coloquio “Shoah. Formes de la mémoire”. Publicado en la revista “Rue Descartes. Collège International de philosophie”, P.U.F., enero de 1997.

Adorno escribió que después de Auschwitz toda la cultura es como mierda de perro -pero lo que amenaza también el presente, con una amenaza extraña, paradójica, y que de sólo enunciarla uno se siente mal, es una suerte de “cultura de Auschwitz” (a la que pertenece también la repetición, casi supersticiosa, de las frases de Adorno). Documentos, novelas, poemas, meditaciones, análisis, films, espectáculos, coloquios. Por supuesto que se puede y se debe distinguir, que no se puede ubicar a Levi, Lanzmann, Hilberg, Cavani, Spielberg y cien más, bajo la misma insignia. Pero también es cierto que la distinción nunca es simple. La amenaza del olvido puede impulsar a que se hable de una manera que se hubiese querido menos complaciente, y el deber de la memoria puede servir como protección de una repetición estéril. Puede incluso constituir un ejercicio obligado, realizado por puro deber, o por cálculo, para hacer buena figura. Pero la sinceridad de la compasión no es una garantía contra las facilidades de la emoción, incluso contra sus perversidades. Tampoco el trabajo obstinado de la razón histórica o filosófica constituyen una garantía contra la lenta inmovilización de la verdad en el silencio de los archivos.

No quiero oír hablar de *Shoah*, pero al mismo tiempo no quiero oír el silencio sobre ella. Desde que no se habla el silencio repercute, angustiante. Entonces es necesario oír la repetición, la recuperación, la discusión sobre lo presentable y lo impresentable, sobre la poesía y sobre su imposibilidad, sobre la ficción y sobre su carácter inaceptable, y también todos los debates sobre las asimilaciones fundadas o dudosas, cuando se habla de “nuevo holocausto” aquí, de “nuevo hitlerismo” allá, y de “genocidio” un poco por todas partes. Es necesario comprender, precisamente, toda esa saturación, esa obstrucción, ese ahogo de nuestros discursos realizado por una presencia obsesiva, proliferante -podría decir “totalitaria”. Pues esa presencia es la sombra espesa que se extiende sobre nosotros luego de un acontecimiento cuya característica singular es la de haber sido total, la de haber puesto en juego la totalidad de la humanidad: quiero decir a la humanidad *como tal*, íntegramente. Desde entonces esa sombra planea en todas partes, oscurece todo, es la oscuridad del todo como tal: de la humanidad total, del hombre total y del todo del mundo. Los campos fueron edificados en nombre de una visión del mundo -el

humo de los campos oscurecía todas las visiones del todo. Las palabras de la visión del mundo crujían: su vociferación ensordeció durante largo tiempo todas las palabras, volviendo dudosa toda totalidad de sentido.

Es necesario ante todo no oír *Shoah*, ese enorme murmullo confuso y distinto a la vez, como una masa de “palabras sobre”, al servicio de la memoria y de la conciencia despierta, sino como un soplo que en realidad no habla, un soplo posterior a la palabra y anterior a otra palabra. El entre-medio de una expiración y una inspiración, una “palabra sofocada” (Sarah Kofman). Ese entre-medio no se refiere a la memoria ni al olvido. No está en la dimensión de la historia. Está en la dimensión del presente: él define nuestro presente, lo presenta íntegramente como en suspenso, en un largo síncope del sentido. *Shoah*, o la inmovilidad del tiempo presente. Hubo una post-guerra y después una post post-guerra, pero no hay una post-*Shoah*. Ella resiste al tiempo, pero no como un pasado presente en el recuerdo, sino como el presente mismo.

Lo que ese soplo hace oír es hasta qué punto ya no se puede oír “la humanidad”, esta palabra, esta idea, su imagen o proyecto. Incluso más: hasta qué punto ninguna acusación de culpabilidad, por más necesaria y fundada que sea (acusando a los nazis, a los jefes, o a los pueblos en tanto que tal, o cómplices determinados, etcétera), puede suprimir el hecho de que con la *Shoah* toda la humanidad se expone en un soplo: no como culpable sino como *infame*. “Infame”, vale decir desacreditada, indigna de estima, innoble, pérdida de reputación y de dignidad. Infame: lo que no puede ser dicho, proclamado, repetido.

La acumulación de discursos de vergüenza y de acusación, de análisis y lamento, los riesgos de una “cultura de Auschwitz”, así como el rechazo de esos discursos, los silencios molestos o calculadores, y las palabras sofocadas, temblorosas o insistentes, conducen a unos al suicidio y a otros al silencio, a otros a la poesía o a la filosofía, a esa mezcla de molestia, de complacencia, a esa compulsión mezclada de confesión, de acusación, de reparación, de variaciones inagotables sobre lo inexplicable y sobre lo excesivamente explicado, toda esa masa de palabras forzosamente en exceso y forzosamente en falta, incluso cuando son justas, terriblemente exactas y justas, todo eso remueve la infamia con la que nos enfrentamos, inevitable, intolerable.

Por esto todo lo que se dice es inaudible y al mismo tiempo demasiado audible. Por esto no quiero oír ni quiero tampoco hablar de eso. Es por esto que cuando hablo tiemblo por si me falta una palabra y tiemblo por si digo una palabra de más. Es también por esto, con la seguridad y la precisión con la que el tiempo realiza su obra, que la no-palabra *Shoah* ha reemplazado a los otros nombres, ha terminado por abrirse paso, como un soplo: nuestro soplo cortado. No diciendo nada, removiendo lentamente la infamia de los hombres. La verdad, tal vez, no dice nada.

Queda, entonces, la pregunta -no “¿quién habla aquí?”, sino “¿quién exhala ese soplo?” ¿Será ese “nosotros”? ¿Y *quién* somos nosotros entonces? ¿Las criaturas del soplo?

Tan frágiles como él, tan exhaladas, tan imperceptibles. Infames, no pudiendo ser nombradas; niñas, no pudiendo hablar. Al menos el mal es tan preciso como cierto: existe en la seguridad y en la autoproclamación, existe en esta muy buena y muy fuerte fama que los hombres se conceden entre ellos. Existe en el desprecio de la fragilidad del ser y de la discreción del lenguaje. Es por esto que hoy sólo nos queda la fragilidad, y una palabra entrecortada. Todos nos hemos convertido en los *Menschen*, “hombres” que no pueden nombrarse y a los que, por el contrario, se los llama uno por uno, indiferentemente.

Saber la verdad no nos cura del mal. Tenemos miedo de nosotros mismos, o hacemos ruido para olvidar este miedo. No obstante el soplo insiste. Insiste y resiste. Extrañamente la proliferación de los ruidos y de los discursos, toda la “cultura” y su mierda, sí, su mierda, su belleza, su inteligencia, no apagan el soplo. Lo deja pasar, e incluso, desconcertada, insegura, lo reanima. La resistencia del soplo es la de la pura fragilidad. No es la de una protesta ni la de la compasión. Es, a la vez, eso y menos que eso -y más fuerte que eso. Tampoco se trata de consuelo, ni de una lección aprendida ni de un progreso realizado. No se trata de optimismo ni de pesimismo, ni de confianza ni de desconfianza. Estamos lejos de eso, llevados por la resistencia de un soplo que insiste en llamarnos, a uno por uno y a todos juntos, con un nombre indeciso y no obstante preciso.

Traducción de Oscar del Barco